



CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

ANTICAPITALISMO
RAÚL ZIBECHI

Enero 2009

ANTICAPITALISMO

Por Raúl Zibechi

Si bien existe cierto consenso en el pensamiento crítico a la hora de definir el capitalismo, el concepto anticapitalismo está lejos de haber conseguido aceptación generalizada, quizá porque en este terreno no pueden aplicarse simetrías y porque ha sido reconfigurado por la lucha social en las cuatro últimas décadas. Según esta opción teórico-política, la definición de anticapitalismo no debería ser encorsetada en una explicación abstracta, sino que surge de la acción misma de las clases, las etnias y de todos los grupos oprimidos y explotados por el sistema capitalista.

Una definición muy general de anticapitalismo debe tomar como referencia el conjunto de luchas de los dominados en el sistema-mundo capitalista, destinadas a resistir la opresión y la explotación y avanzar hacia la expropiación de los poseedores de los medios de producción y cambio, para proceder a su socialización. En la medida que la propiedad privada de esos medios por parte de una clase, la burguesía, es el núcleo del sistema capitalista, toda acción colectiva que apunte en esa dirección puede ser considerada como anticapitalista. Dicho de ese modo, sigue siendo empero una definición muy abstracta, de ahí que sea necesario proceder a un rodeo histórico para reconstruir cómo la luha social anticapitalista se ha ido modificando en el último siglo y medio. TRES PERIODOS...

Marx y Engels identificaron anticapitalismo con comunismo, en un doble sentido: como “expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente” (Marx y Engels, 1973: 123), pero también como la reorganización de la sociedad en base a “una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será condición del libre desenvolvimiento de todos” (idem: 130). En suma, el anticapitalismo que representa la revolución comunista supone un objetivo inmediato consistente en la “constitución de los proletarios en clase, derrocamiento de la dominación de la burguesía, conquista del poder político por el proletariado”. Sobre esa base, podrá arrancar gradualmente el capital a la burguesía para comenzar a construir un mundo nuevo, socialista, e iniciar el largo tránsito hacia el comunismo.

El anticapitalismo es, por tanto, lucha y organización de un sector social, que incluye un proceso permanente y siempre inacabado de construcción de un sujeto social, cultural y político, al que llamamos clase obrera. La clase se va formando en un proceso de lucha de clases que es el núcleo del anticapitalismo; lucha que supone la

negación del estado de cosas existente. Sin embargo, ese proceso tiene –como se ha mencionado– dos aspectos: uno “negativo”, consistente en la destrucción de los mecanismos de dominación (capital y aparato estatal), y otro “positivo” consistente en la creación de nuevas relaciones sociales. En este sentido, por momentos Marx pareció incluir ambos momentos en un mismo proceso al señalar, en su balance de la Comuna de París, que “los obreros no tenían lista una utopía para implantarla por decreto del pueblo”, ya que “no tienen que realizar ningunos ideales, sino simplemente dar suelta a los elementos de la nueva sociedad que la vieja sociedad burguesa agonizante lleva en su seno” (Marx, 1980: 68-69).

Algunos autores denominan la conformación de sujetos colectivos como “movimientos antisistémicos” (Immanuel Wallerstein), concepto en el que agrupan tanto a los movimientos sociales como a los nacionales nacidos a lo largo del siglo XIX. La resistencia y la rebelión son una constante desde que existe la dominación, son embargo los movimientos antisistémicos son mucho más recientes: nacieron en torno a las revoluciones de 1848. En ese período las rebeliones episódicas de los oprimidos, que hasta ese momento eran discontinuas, ya que cada rebelión no tenía vínculos orgánicos con las anteriores, comenzaron a contar con grupos estables de personas que participaban en varias de ellas a través de la construcción de organizaciones estables y duraderas. De ese modo, cuando se producían nuevas rebeliones o se relanzaba un ciclo de luchas, los oprimidos contaban con organizaciones y dirigentes capaces de contribuir a orientar las acciones hacia la superación de la opresión. Este cambio fue el más importante registrado en la lucha contra el sistema, y le imprimió a los movimientos anticapitalistas un vigor y una potencialidad que hasta ese momento no habían tenido.

Una vez instalada esta nueva realidad entre amplias capas de obreros industriales y trabajadores manuales, se fue creando una densa red de organizaciones de base como cooperativas, bibliotecas, ateneos, centros culturales y sociales, donde se difundían ideas anticapitalistas a través de folletos, periódicos y libros. Estos espacios y medios contribuyeron a la formación intelectual de los proletarios y a crear formas de recreación por fuera de la lógica mercantil, que fortalecieron una cultura política autónoma. En suma, la creación de espacios autocontrolados por los trabajadores jugó un papel determinante en su consolidación como clase.

Luego de la derrota de la Comuna de París (1871) la cultura obrera anticapitalista sufrió fuertes cambios que provocaron un segundo viraje en la lucha anticapitalista. Por un lado, la Comuna le proporcionó al movimiento obrero “una tradición autónoma, una

legitimación” (Haupt, 1986: 42); por otro, la caída de la Comuna “acelera el desarrollo político del movimiento obrero o su desplazamiento hacia la política” (idem: 53). Surge un tema nuevo: el de la organización política, ya que la mayor parte de los socialistas de la época concluyeron que fue la falta de centralización en la toma de decisiones lo que llevó a la Comuna a la derrota. Con ello, surge la temática del partido y de la conquista del poder político como medio para lograr su emancipación. En los años siguientes la ruptura entre los partidarios de Bakunin y los de Marx, entre anarquistas y comunistas, selló las divergencias en el movimiento obrero durante un largo período. Pero esta polémica no debería oscurecer el hecho de que la centralidad que obtuvo el partido político en el universo obrero, implicó el debilitamiento de una cultura que había nacido en el seno de la constelación de espacios autónomos de la clase obrera.

En el medio siglo que siguió a la revolución rusa (1917), los movimientos antisistémicos fueron triunfando en buena parte del mundo y cosecharon éxitos que parecían imposibles en 1848 y aún en 1871. A las revoluciones sociales más importantes (China en 1949, Cuba en 1959, Vietnam en 1975) se sumaron los procesos de liberación nacional que llevaron a la descolonización en Africa y Asia en las décadas de 1950 y 1960. Pero la promesa de cambios anticapitalistas que encarnaron estos procesos, o sea la construcción de sociedades diferentes y antagónicas al capitalismo, resultó defraudada en la inmensa mayoría de los países, quizá con la excepción de Cuba.

La llegada al poder estatal de todos estos movimientos generó una sensación de frustración que se tradujo en las décadas de 1960 y 1970 en “el surgimiento de un nuevo tipo de movimiento antisistémico” (Arrighi et al: 1999: 33), con una fuerte dinámica antiburocrática, muy diferente a los movimientos sindicales, centralizados y jerárquicos. Este tercer viraje de los movimientos anticapitalistas forma parte de lo que Wallerstein ha denominado “la revolución mundial de 1968”, que transformó por completo las estrategias de superación del capitalismo, las formas de acción de los movimientos y sus culturas organizativas.

De alguna manera, la lucha anticapitalista se expandió a nuevos espacios “no fabriles”, incluyendo la vida privada, la vida cotidiana y las diversas manifestaciones de lo que se ha dado en llamar la cultura de los oprimidos. Las luchas de los afrodescendientes en los Estados Unidos por sus derechos como ciudadanos, de las mujeres en todo el mundo contra la opresión patriarcal, las revueltas juveniles y estudiantiles, el nacimiento de los movimientos por los derechos humanos, de los

ambientalistas y de los indígenas, modificaron y renovaron profundamente la forma de hacer política de los movimientos anticapitalistas.

En América Latina, los movimientos indígenas y campesinos son los más destacados portadores de estos cambios que redundaron en la construcción de nuevas culturas políticas. Algunos momentos de ese largo proceso resultan significativos: el Manifiesto de Tiahuanaco (1973) y el Congreso Indígena de San Cristóbal de las Casas (1974), jugaron un papel relevante en la conformación de dos fuerzas importantes del actual movimiento anticapitalista como los movimientos indígenas bolivianos y el neozapatismo.

Los indígenas latinoamericanos se convirtieron en uno de los más importantes actores y mostraron su capacidad para impugnar las facetas más depredadoras del capitalismo neoliberal. En su etapa actual en la que la “acumulación por desposesión” (Harvey, 2003) es el modo hegemónico de operar del capital, los indios se convirtieron en un obstáculo para transformar la naturaleza y la vida en mercancías. Desde México hasta la Patagonia, los pueblos originarios andinos y mesoamericanos resisten la expropiación de sus tierras y en ese proceso han sido capaces de cuestionar algunos aspectos nodulares del actual sistema.

La demanda de autonomía, que pertenece al mismo cuerpo teórico que los términos autogobierno y autodeterminación, así como el reclamo de territorio, forma parte de una “revolución teórica y política que está germinando en el seno del movimiento indio” (Díaz Polanco, 1997: 16). Un proceso en el cual la territorialización de los sujetos juega un papel decisivo, ya que en esos espacios re-conquistados están implementando nuevas formas de vida, creando fragmentos del mundo nuevo, un mundo no capitalista. Algunos autores sostienen que un proceso similar al que atraviesa el movimiento indio se está gestando también entre los campesinos y, crecientemente, en las periferias urbanas latinoamericanas.

El neozapatismo de Chiapas es quizá el movimiento anticapitalista más consistente y reconocido en el mundo de hoy. Ha conseguido aprehender los cambios que se han producido en el capitalismo en las cuatro últimas décadas y el papel relevante que juega la guerra en la actual forma de acumulación: “La producción de nuevas mercancías y la apertura de nuevos mercados se consiguen ahora con la conquista y reconquista de territorios y espacios sociales que antes no tenían interés para el capital. Conocimientos ancestrales y códigos genéticos, además de recursos naturales como el agua, los bosques y el aire son ahora mercancías con mercados abiertos o por crear. Quienes se encuentran

en los espacios y territorios con estas y otras mercancías, son, quiéranlo o no, enemigos del capital” (Marcos, 2007).

Los movimientos campesinos latinoamericanos registraron desde la década de 1960 profundos cambios a raíz de la expansión capitalista en el campo, la modernización de la agricultura y la revolución verde, que se tradujo en un ataque permanente a la cultura y a la sobrevivencia de las poblaciones rurales. Millones de campesinos perdieron sus tierras y debieron emigrar a las ciudades, pero una porción significativa resistió en sus parcelas y comenzó a formar movimientos de nuevo tipo, cuya expresión más acabada en América Latina es el Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil (MST).

Esta nueva camada de movimientos, en general referenciados en la coordinadora mundial Vía Campesina, ya no espera que el Estado promulgue una reforma agraria sino que la realizan de hecho, ocupando tierras, resistiendo los desalojos policiales y militares, y produciendo bajo nuevas formas de organización del trabajo. Nacen así miles de asentamientos que son islas autogestionadas de relaciones sociales no capitalistas, que se van convirtiendo en espacios desde los cuales es posible resistir al capital y lanzar ofensivas contra su dominación.

En su 5° Congreso en junio de 2007, el MST abandonó la lucha por la reforma agraria tradicional y en su lugar comenzó a formular un proyecto para un nuevo Brasil. El tipo de reforma agraria consistente en la expropiación de tierras a los latifundistas para su reparto a los campesinos, que suponía la creación de un mercado interno y por lo tanto una alianza con la burguesía industrial, se agotó cuando las elites abandonaron el proyecto de desarrollo nacional para adoptar el modelo neoliberal que subordina la agricultura y la industria al capital financiero. Este ha sido el dilema central del 5° Congreso del MST: para hacer viable una reforma agraria se debe primero derrotar el modelo neoliberal, pero para ello no hay otro camino que construir la unidad de los movimientos sociales, tendiendo puentes entre los movimientos urbanos y rurales, entre los trabajadores formales e informales, e incorporando a los jóvenes pobres de las ciudades. Ese proceso de construcción de una amplia unidad de movimientos, es para los *sin tierra* un proceso autoeducativo. Una frase del MST resume esta nueva etapa: “Si tenemos un proyecto para un año, sembramos cereales; si tenemos proyectos para dos años, plantemos árboles. Pero si nuestro proyecto es para toda la vida, debemos educar y formar a las personas” (Dos Santos, 2007).

En los primeros años del siglo XXI, la resistencia y la lucha anticapitalista parece estar arraigando con fuerza en las periferias de las grandes ciudades del tercer mundo, donde vive la mayor parte de la población pobre del planeta. En América Latina se produjeron grandes acciones populares en ciudades como Caracas, Quito, Arequipa, Lima, Asunción, Buenos Aires, La Paz, El Alto y Oaxaca, que fueron capaces de derrotar a los poderosos o de poner límites a sus modos de gobernar. El breve lapso que va del *Caracazo* de 1989 a la comuna de Oaxaca de 2006, enseña cómo el poder destituyente de los pobres urbanos puede tornarse en capacidad de gobernar desde las calles o, en ese caso, desde las barricadas.

Los movimientos anticapitalistas parecen estar buscando la unidad de todos los movimientos sociales, pero una unidad sin estructuras jerárquicas, de modo de no reproducir las mismas lógicas que llevaron a los movimientos anticapitalistas nacidos luego de la Comuna de París al fracaso. O sea, evitar en lo posible la creación de burocracias que llegan a tener intereses propios, por encima y diferenciados de los movimientos. Eso es lo que se propusieron los *sin tierra* desde 2007 y los zapatistas al lanzar la *Otra Campaña* en 2005. Pese a las dificultades y tropiezos, la política anticapitalista se está fortaleciendo, en gran medida gracias a los cambios en la cultura política generados con las revueltas del 68. A escala global el Foro Social Mundial es la experiencia más extensa y dilatada en la construcción de formas de unidad sin unificación.

Uno de los cambios más importantes producidos a raíz de la “revolución mundial de 1968” radica en el cuestionamiento de la estrategia consistente en la toma del poder estatal para proceder luego a cambiar el mundo. Esta modificación en lo que había sido la estrategia hegemónica desde 1871 se produjo por varias razones. Por un lado, la crisis del llamado “socialismo real”, en particular la Unión Soviética, que enseñó las dificultades para construir una sociedad de nueva desde arriba. Por otro, la irrupción de nuevos sujetos colectivos (mujeres, indios, jóvenes, “minorías”) que no están dispuestos a postergar sus demandas hasta después de la revolución, abrió nuevos horizontes en la lucha contra el capitalismo.

Pero hay otro elemento destacado que tiene que ver con el éxito de los movimientos de trabajadores en la década de 1960. La comparación de la actual crisis hegemónica con las anteriores registradas en el sistema capitalista, permitió a un destacado equipo de investigadores detallar las diferencias en cuanto al papel que ahora están cumpliendo los movimientos y los conflictos sociales. “Mientras que en las anteriores crisis

hegemónicas la intensificación de la rivalidad entre las grandes potencias precedió y configuró de arriba abajo la intensificación del conflicto social, en la crisis de la hegemonía estadounidense esta última precedió y configuró completamente aquella”. Del mismo modo, destacan una “aceleración análoga de la historia social en las relaciones entre conflicto social y competencia interempresarial”, ya que en esta crisis hegemónica “una oleada de militancia obrera precedió a la crisis del fordismo y la configuró” (Arrighi-Silver, 2001: 219).

Por primera vez en la historia del capitalismo, la lucha social, las luchas de clases, tienen la potencia suficiente como para configurar crisis económicas de envergadura. Entramos, entonces, en un período de crisis del sistema en la cual el papel de los actores colectivos es determinante, tanto en su gestación como en las eventuales salidas o direcciones que adopte. Es por ese motivo, más aún que por el despliegue de supuestas “leyes” objetivas inexorables, que podemos hablar de crisis sistémica.

La reacción del capital ante esta triple oleada anticapitalista (movimientos de liberación nacional, movimientos de trabajadores, nuevos movimientos sociales) fue un abandono de los Estados del Bienestar erigidos en la segunda posguerra (luego de 1945) como forma de domesticar o integrar a las clases peligrosas. Este paso dado por las elites supuso un abandono de su pretensión de convivir con los sectores populares, tanto en los países centrales como en los periféricos y forma parte de su apuesta a relanzar nuevas formas más sofisticadas de acumulación originaria, denominadas “acumulación por desposesión”, que son el núcleo del modelo neoliberal.

Sin embargo, este paso agudiza la crisis sistémica ya que potencia los movimientos anticapitalistas. Por eso, “las capas dominantes del mundo han perdido toda posibilidad de controlar a las clases trabajadoras del mundo a no ser por la fuerza. El consentimiento se ha desvanecido porque el soborno se ha desvanecido. Pero la fuerza sola, como sabemos por lo menos desde Maquiavelo, no permite a las estructuras políticas sobrevivir mucho tiempo” (Wallerstein. 1996: 241).

Al parecer, el anticapitalismo está avanzando en un sentido novedoso, pero tal vez en un camino similar al que Marx había imaginado. Como consecuencia de la irrupción de nuevos actores sociales, de la reitrada del capital y del Estado de su intento de controlar a los trabajadores sin el uso de la fuerza, y a raíz de la crisis de hegemonía y la crisis sistémica, está siendo posible que los sectores populares organizados en movimientos se construyan como sujetos territorializados. Estos espacios o territorios, siempre en disputa con el capital y el Estado, son a la vez trincheras de resistencia y

laboratorios donde los de abajo crean nuevas formas de vivir, muy similares a las que han soñado las diversas utopías anticapitalistas.

Entre los seguidores de Marx, se dio por sentado que las relaciones sociales poscapitalistas sólo podían surgir luego de la conquista del poder político por el proletariado organizado en partido. Pero la irrupción de nuevos sujetos modificó esta forma de concebir el cambio social. En el seno de la sociedad burguesa, van naciendo otras formas de organizar la producción, otras formas de cuidar la salud, otros modos de educar y también maneras diferentes de organizar el espacio colectivo.

Por último, los movimientos anticapitalistas han comenzado a construir formas de poder, o contrapoder, no simétricas a las creadas por los estados nación. En múltiples espacios controlados por indios, campesinos sin tierra y desocupados urbanos, se construyen formas de poder no jerárquicas, sin o con muy escasa burocracia, rotativas, por turnos, de modo que se dibuja una tendencia en la que todos y todas pueden aprender a gobernar. Las Juntas de Buen Gobierno en Chiapas, los cabildos nasa en el Cauca colombiano, el modo de tomar decisiones de los sin tierra en miles de asentamientos, los cuarteles aymaras del Altiplano y las juntas vecinales de El Alto en Bolivia, son algunos ejemplos de cómo los de abajo organizan modos no estatales de poder.

Aunque algunos teóricos han intentado formular conceptos como “antipoder”, la historia de la humanidad no conoce sociedades en las cuales hayan existido no-poderes, y esa posibilidad no parece plausible ya que alguna forma de poder resulta necesaria para la convivencia humana. Sin embargo, la experiencia viva de movimientos y pueblos en resistencia, indica que no toda forma de poder tiene porqué inspirarse en el Estado. De ahí que el pensamiento anticapitalista deba prestar la mayor atención a las prácticas reales, a las miles de experiencias de los sectores populares –aún las pequeñas, locales o incluso a las fracasadas- para seguir creciendo e inspirando nuevas creaciones.

De este modo, la teoría de la revolución anticapitalista se enriquece no sólo con aportes de las diversas corrientes emancipatorias (anarquistas, marxistas, consejistas, autónomas) sino con prácticas y reflexiones nacidas en los espacios donde los movimientos están construyendo mundos “otros”. En esos espacios, los oprimidos vienen mostrando una novedosa capacidad para producir sus propios pensamientos, en base a las cosmovisiones indias y campesinas y a las culturas de los sectores populares. La formación de intelectuales propios en territorios y espacios autocontrolados está

contribuyendo a refundar el pensamiento anticapitalista, aún estrechamente vinculado a categorías y formas de pensar heredadas del colonialismo.

Raúl Zibechi

Textos Citados

- Arrighi, Giovanni y Beverly Silver (2001) *Caos y orden en el sistema-mundo moderno*, Akal, Madrid.
- Arrighi, I.; Hopkins, T.; Wallerstein, I. (1999) *Los movimientos antisistémicos*, Akal, Madrid.
- Díaz-Polanco, Héctor (1997) *La rebelión zapatista y la autonomía*, Siglo XXI, México.
- Harvey, David (2004) *El nuevo imperialismo*, Akal, Madrid.
- Haupt, Georges (1986) *El historiador y el movimiento social*, Siglo XXI, Madrid.
- Marx, Carlos (1980) *La guerra civil en Francia*, Progreso, Moscú.
- Marx, Carlos y Federico Engels (1973) *Manifiesto Comunista*, Obras Escogidas, tomo I, Progreso, Moscú.
- MST Discurso de apertura del 5º Congreso leído por Marina dos Santos, en www.mst.org.br
- Subcomandante Insurgente Marcos (2007) “Arriba, pensar el blanco. La geografía y el calendario de la teoría”, Coloquio Aubry, 13 de diciembre.
- Wallerstein, Immanuel (1996) *Después del liberalismo*, Siglo XXI, México.